sentimientos, y en tranquilizarle de sus temores con respecto á la inquisicion, que todas las absoluciones del inquisidor no habian podido disipar, persuadido de que no se la habia dado en buena forma.

El duque se vió obligado á volverle á Ferrara, en donde por su eleccion se le colocó en el convento de san Francisco. Allí, mas agitado que nunca, no quiso consentir en hacer los remedios que se le prescribian, ó pensando que no los necesitaba, ó temiendo ser envenenado con ellos. Sus inquietudes se aumentaban de dia en dia. El duque, cansado de tantas cartas con que agotaba su paciencia pidiéndole esplicaciones y seguridades que se le habian dado ya mas de cien veces, é incomodado quizá por las espresiones poco decorosas que se le escapaban, le prohibió que le escribiese mas, igualmente que á las princesas. Este golpe de severidad acabó de trastornar el espíritu ya enfermo del Tasso, en términos que no creyéndose seguro en el convento, se aprovechó del primer momento favorable para evadirse de él, y salió secretamente de Ferrara el 20 de junio de 1577.

Partió sin dinero y sin guia: sin embargo, á los pocos dias llegó á los confines del reino de Nápoles. Allí, habiendo trocado sus vestidos por los de un pastor, se dirigió á la capital de este reino, en donde vivia su hermana. Al entrar en su casa se anunció como un mensagero que le traía noticias de su hermano. Su hermana, que no le habia visto despues de muchos años, no le conoció. Abrió la carta en la que el desgraciado Torcuato se pintaba en la mas triste situacion y

en peligro de perder la vida. La sensible Cornelia, al leer tan espantosas noticias, manifestó tanto dolor, que el Tasso no pudo conservar por mas tiempo su incógnito, y se apresuró á consolarla, arrojándose entre sus brazos.

El descanso de que empezó á disfrutar en casa de su hermana: los cariños y cuidados que ésta le prodigaba: el bello clima de Nápoles, y la separacion de todos los negocios que habian agitado su alma, calmaron durante algun tiempo su humor melancólico: pero esta tranquilidad no fue de mucha duracion. La enfermedad real de que estaba atacado habia echado raices demasiado profundas, y nuevas fantasmas vinieron á trastornar su imaginacion. En vano se le aplicaron los socorros de la medicina, pues no queria sujetarse á ningun régimen, ó destruia la fuerza de los remedios que consentia en tomar con escesos contrarios á su estado. Se disgustó de la vida monotona y tranquila que pasaba en Nápoles; y el deseo de volver á Ferrara fue mas fuerte que todos los motivos que pudieron alejarle de dicha ciudad.

Escribió al duque y á las princesas sus hermanas solicitando su permiso para volver á su lado; pero su impaciencia era tan grande, que sin esperar la contestacion se puso en camino para Ferrara, á pesar de su hermana y de algunos amigos que temian alguna indiscrecion de su parte. Volvió, pues, á Ferrara un año justo despues de su salida: se le perdonaron sus faltas con facilidad: volvió á ocupar sus antiguos destinos: fue acogido con las demostraciones de favor mas distinguidas: pero el entusiasmo por él ya no existia. El Tasso, desgraciado y debilitado por una

enfermedad funesta, ya no era el hombre cuya gloria resaltaba en cierta manera sobre los que rendian un homenage debido á su mérito. Su gloria pasada se honraba entonces en él: pero es bien sabido cómo se honra, sobre todo en la corte de los príncipes, al mérito que no estriba mas que sobre memorias. No tardó en conocer que ya no obtenia aquella consideracion de que habia gozado durante tanto tiempo. Creyó entrever que el duque, pensando haber hecho todo lo que podia en su obsequio procurándole todas las comodidades de una vida tranquila, trataba de distraerle de sus trabajos literarios; porque sin duda le creía inhabil para ellos. No le habian vuelto sus papeles, de que se habian apoderado despues de su fuga, y reclamaba con las mayores instancias, sobre todo el manuscrito de su poema, que creia hallarse en poder de un empleado en la corte, y se ignora por que motivo el duque no accedió á una peticion tan legítima. Las menores circunstancias se exageraban en la imaginacion del desgraciado poeta: todo irritaba su melancolía, y cada dia se hacia mas intratable. Ultimamente, le negaron la entrada en el cuarto de las princesas. Esta afrenta acabó de desesperarle. No pudiendo ya tolerar la corte de Ferrara, partió por segunda vez de esta ciudad, sin haber anunciado antes su resolucion.

Lanzado de nuevo en el mundo, caminando á la aventura, sin saber en donde encontrar un asilo, dirigió sus esperanzas ácia Mántua. Creyó que habiendo estado su padre largo tiempo al servicio del duque, este príncipe le acogería con agrado, pero encontró en él la mayor frialdad, y un desprecio decidido. Como habia gastado el poco

dinero que tenía consigo, vendió lo mas precioso que tenia, y este recurso le puso en estado de dirigirse á los estados del duque de Urbino, marido de Lucrecia de Este, una de las hermanas del duque de Ferrara.

No fueron ilusorias en esta ocasion las esperanzas del ilustre fugitivo. El duque de Urbino, que habia pasado con él una gran parte de su juventud, le recibió como á un antiguo amigo, y unió á las demostraciones de la amistad las ofertas mas generosas. Una acogida tan favorable y tan poco esperada reanimó el espíritu abatido de un hombre á quien tantas desgracias, imaginarias ó efectivas, habian abatido. Pero su imaginacion exaltada por la enfermedad no hallaba bastante contrapeso en su razon: incapaz de guardar un justo medio, se precipitaba con la mayor violencia de un estremo á otro, y pasaba de un escesivo desaliento á esperanzas inmoderadas. Todo parecia mudado para él: creyó ver en la amistad y promesas del duque de Urbino una nueva perspectiva de fortuna, de honores y de gloria. En una carta que escribió por entonces á su hermana, no le habla mas que de la brillante perspectiva que le ofrecia la fortuna: de los ofrecimientos de muchos príncipes que deseaban atraerle á su servicio; del deseo que suponia en el duque de Ferrara de verle volver á su lado, &c.

Este acceso de presuncion y de orgullo, tan contrario al carácter naturalmente modesto y reservado del Tasso, no podia ser mas que el efecto de la hipocondría que padecia. Así las fantasmas de prosperidad y de dicha que se habian presentado á su imaginacion en su nuevo asilo, se

desvanecieron muy pronto para dar entrada á sus inquietudes ordinarias, y á sus vanos temores. Se creyó de nuevo rodeado de lazos y de peligros imaginarios; y sin haber sufrido ningun disgusto efectivo en la corte del duque de Urbino, se escapó repentinamente una noche, y resolvió ir á implorar la proteccion del duque de Saboya contra sus enemigos, que no existian mas que en su imaginacion. Hizo su viage á pie, sin dinero, sin ropa, y llegó en un estado tan miserable á las puertas de Turin, que los centinelas no le permitieron entrar.

Se alejaba tristemente sin saber lo que le sucedería, cuando por una dichosa casualidad halló á un literato que le habia visto en otra ocasion en Venecia, le reconoció y le hizo entrar en Turin. Despues de haberle dado los pequeños socorros de que necesitaba, este nuevo amigo le presentó al marques Felipe de Este, yerno del duque de Saboya, y en seguida al príncipe del Piamonte Carlos Manuel. Estos dos príncipes, amigos celosos de las letras y de los talentos, acogieron con toda especie de distincion á un poeta ilustre y desgraciado. El príncipe del Piamonte le hizo los ofrecimientos mas ventajosos para retenerle á su servicio. El Tasso se reanimó por algunos momentos con aquella vuelta inesperada de la fortuna; pero luego tornó á caer en todas las miserias de su estado habitual. Su imaginacion se dirigía siempre ácia Ferrara: allí era en donde habia pasado los primeros dias de su vida; y por consiguiente creía que allí encontraria la tranquilidad de ánimo de que se hallaba privado hacía tanto tiempo. La pérdida de sus papeles sobre

todo le ocupaba sin cesar: creía que se los retenian para privarle de los medios de establecer y asegurar su opinion: porque, en medio de las quimeras que descarriaban su imaginacion, se vé que el amor de la gloria era su pasion dominante.

El duque Alfonso habia perdido su segunda muger, y acababa de casarse con la hija del duque de Mántua. El Tasso pensó que este enlace era una cincunstancia favorable para él: y que la proteccion del duque de Mántua y de su hija podrian hacerle volver á la gracia de su primer bienhechor. A pesar de los consejos y de las instancias de algunos amigos que encontró en Turin, quiso partir para volver á Ferrara, á donde llegó el 21 de Febrero de 1579; pero lejos de recobrar el favor que habia esperado, y el descanso de que tenia tanta necesidad, no halló mas que el esceso de la humillacion y de la desgracia. El duque y sus hermanas se negaron á verle: los cortesanos le huían; y despreciado aun por los criados del duque, le costó gran trabajo encontrar un asilo oscuro. Su desesperacion fue estremada, y en sus escesos no guardó ninguna medida. Se esplicó de un modo injurioso contra toda la casa de Este, contra el duque, contra toda su corte. Todas estas violencias fueron miradas como objetos de una completa enagenacion de espíritu. Alfonso le hizo prender y conducirle al hospital de santa Ana, en donde se encerraba á los locos.

Esta conducta del duque de Ferrara con respecto al Tasso no puede sincerarse. Mientras éste conservó toda la energía y libertad de su razon, el duque le dió pruebas de una admiracion constante por sus talentos, y de un afecto decidido á

su persona: aun despues de los desvaríos de su imaginacion le habia tratado con la mayor indulgencia: pero el trato rigoroso que le hizo sufrir al fin, no puede conciliarse con las ideas de justicia y generosidad. Los escesos en que cayó el Tasso eran efectos de una verdadera enagenacion mental, y solo debieron escitar la compasion, y no la cólera del príncipe: en el hospital de los enfermos, y no en la casa de los locos, era en donde debia colocarse á aquel desgraciado, y facilitarle los remedios de la medicina, no los insultos de la humillacion.

La situacion en que se halló el Tasso en aquel albergue de miseria, fue tan deplorable, que llegó hasta carecer de los recursos mas necesarios. "El desorden de mi barba y de mi pelo, escribia á un amigo suyo: la falta de ropa y la horrorosa suciedad en que me hallo sumergido, no son mas que una parte de mis males; la soledad, mi enemiga eterna, la soledad, que me horroriza tanto, agraba el peso de mis males, y hace mi situacion intolerable." En efecto, asi debia de ser, pues la especie de manía de que estaba atacado no alteraba su juicio sino sobre ciertos puntos, y era para atormentarle con peligros imaginarios, mientras conservaba su razon bastante firme para sentir los males efectivos que sufria. Si obtuvo algun alivio en su cautiverio lo debió á un jóven llamado Mosti, sobrino del Prior del Hospital. Este jóven tenia instruccion, y era apasionado á las bellas letras: lleno de interes y de compasion por un hombre tan grande, que veia reducido á la miseria, le visitaba todos los dias, y hablaba con él de literatura y de poesía;

objetos que siempre merecieron la atencion del Tasso.

Al cabo de dos años de permanencia en aquel miserable encierro, obtuvo una habitacion mas cómoda con el permiso de recibir algunas gentes, y de ir á misa y confesarse: favor que habia solicitado tantas veces, pues los sentimientos religiosos, que siempre habia profesado, se exaltaron mas con su enfermedad.

Uno de los efectos mas deplorables de su desgraciada situacion fue el persuadirse seriamente que era objeto de la persecucion de un duende, que todo lo trastornaba en su casa, que le robaba su dinero y que arrebataba de su misma mesa, y á su misma vista, lo que le servian. Otras veces creía que la Vírgen María se le aparecia; y el Abate Serassi refiere que en una enfermedad peligrosa que tuvo estando en la cárcel, se encomendó con tanto fervor á la Santísima Vírgen, que esta se le apareció y le curó; y el Tasso consagró este milagro por medio de un soneto.

Posteriormente aquel duende se convirtió en un demonio mas tratable, con quien el Tasso pretendia hablar familiarmente, y quien le enseñaba cosas maravillosas. Sin embargo, poco lisonjeado de tan estrañas relaciones, el Tasso atribuía su orígen á la imprudencia que habia tenido en su juventud de componer un diálogo en el que se suponia él mismo en conversacion con un espíritu: *Lo que yo no hubiera querido hacer de veras añadía; aun cuando esto me hubiese sido posible.*

¡Qué triste reflexion puede hacerse al pensar que á la edad de treinta años y despues de haber

producido la mas bella obra que haya acreditado el restablecimiento de las letras en Europa, el malhadado Torcuato, sin haber podido gozar de su gloria, fue escogido para dar el mas deplorable ejemplo de la debilidad del espíritu humano, y llegó á hacerse objeto de la pública compasion, cuando parecia que la naturaleza le habia formado para escitar la admiracion y los zelos!

Hay en su vida un contraste de gloria y de desprecio de que difícilmente se encuentra otro ejemplo en la historia. Hemos visto que con el objeto de obtener la opinion de algunos hombres ilustrados, el Tasso habia confiado su Jerusalen á algunos amigos, quienes por negligencia ó por infidelidad dejaron sacar algunas copias. Hacía mucho tiempo que se anunciaban ediciones subrepticias de su obra: el Tasso habia ya detenido una por el crédito del duque de Ferrara. En fin, en 1581 pareció otra en Venecia, pero truncada y desfigurada. El año siguiente se hizo otra mas correcta en Casal Mayor, y poco despues otra en Parma. En fin, en tres años aparecieron cuatro ediciones en Italia y una en Francia, todas publicadas sin saberlo el autor. Se hicieron cinco traducciones en versos latinos. La fama de la Jerusalen fue universal. Entre los admiradores apasionados de este poema, hubo muchos que deseando conocer al autor, se dirigieron á Ferrara para verle, y se quedaron atónitos de encontrar en el hospital de los locos al hombre cuyo ingenio habia escitado su admiracion, y cuya fama resonaba por toda la Europa.

Los testimonios de admiracion y de interés que recibia de todas partes suspendieron por al-

gun tiempo el sentimiento que le causaban sus humillaciones y sus males. Pero tanta gloria despertó la envidia, y sus desgracias no pudieron desarmarla. A pesar de la brillante reputacion de que gozaba el *Orlando furioso*, muchos sugetos ilustrados le prefirieron la Jerusalen. Los partidarios del Ariosto se sublevaron contra este juicio: se publicaron diferentes escritos en pro y en contra, esta disputa dividió toda la Italia, y ha ocupado por largo tiempo á los hombres mas instruidos.

En aquel tiempo se acababa de establecer la academia de la Crusca. Los individuos que la componian eran todos antiguos admiradores del Ariosto, y tomaron partido contra el nuevo objeto del entusiasmo público. Esta academia señaló su reciente existencia por una crítica de la Jerusalen, como la academia francesa cincuenta años antes habia señalado sus primeros trabajos por la crítica del Cid; pero es preciso convenir que esta trató á Corneille con mas consideraciones y justicia que la academia Italiana al Tasso.

Entre tanto el suceso brillante de la Jerusalen no pudo menos de llamar la atencion sobre su autor, y el conocimiento de sus desgracias escitó en su favor un interés general. El duque de Ferrara, acosado por las poderosas solicitudes que recibia de todas partes conoció que no podia retener por mas tiempo en un indecoroso arresto al hombre que la fama proclamaba en toda la Europa como el honor de la Italia, y aun de su siglo. Pero á causa de un cierto celo de autoridad, bastante comun en los que egercen un gran poder, el duque sentia ver salir absolutamente de

su dependencia á un hombre á quien habia ultrajado tanto, y cuyo ingenio conservaba aun bastantes fuerzas para que su resentimiento fuese temible; y así no consintió en darle la libertad, sino bajo la palabra que le dió el príncipe de Mántua, de retener al Taso á su lado, y de responder en cierta manera de su persona, y de sus escritos. Los temores del duque de los resentimientos del Tasso eran infundados; pues una de las penas mayores que afligian á éste, era el no haber podido obtener una audiencia del duque, antes de salir de Ferrara, y el creer que habia incurrido en la desgracia de su primer bienhechor. Mientras estubo en el hospital de Santa Ana jamas se quejó al duque; y siempre creyó de buena fé que sin su conocimiento, y contra su voluntad, se le trataba tan indignamente.

El Tasso fue puesto en libertad el 6 de Julio de 1586, despues de 7 años y dos meses de prision. Pocos dias despues se dirigió á Mántua, en donde le recibió el príncipe con la mayor cordialidad. Entonces corrigió el poema de *Floridante*, que su padre habia dejado imperfecto; y concluyó su tragedia de *Torrismundo*, que habia empezado mucho tiempo antes de su prision. En medio del descanso y de las diversiones del carnaval, *estuvo en peligro*, segun dice el mismo, de enamorarse de una señora que habia visto en la corte; pero arrastrado súbitamente por su inquietud ordinaria, quiso dejar á Mántua, para lo cual obtuvo con facilidad el permiso del príncipe, que á lo que parecia no daba á la promesa que habia hecho tanta importancia como el duque de Ferrara que la exigió.

Hacía largo tiempo que el Tasso deseaba fijar su residencia en Roma. Llegó á esta capital, como tenia de costumbre, lleno de esperanzas, que rápidamente hicieron lugar á un profundo desaliento. Fue á Nápoles: volvió á Roma y pasó el resto de sus dias mudando de domicilio como de pensamiento, sin encontrar en parte ninguna aquella tranquilidad de espíritu de que tanto necesitaba. Lisonjeado á veces por las atenciones de los sugetos á quienes atraía su mérito y el sentimiento de sus desgracias, se asustaba despues hasta de estas mismas atenciones, porque creía ver en ellas el proyecto de atentar á su libertad: llevando á todas partes su melancolía y sus inquietudes, enfriaba el celo de sus amigos por sus caprichos, y fatigaba su amistad con sus quejas. Mientras que sus talentos le hacían objeto de la admiracion de las personas mas ilustres, la debilidad de su alma, mas bien que la de su cuerpo le sometía á la voluntad del último de los hombres. El capricho de un simple criado le desterraba á veces de la casa, en que habia sido recibido con mayor distincion por el amo. Hoy despreciaba los presentes supérfluos que se le prodigaban; y mañana se veía precisado á mendigar los objetos necesarios á su subsistencia. Se vió alternativamente admitido, mantenido y servido en los palacios de los príncipes, ó en el caso de perecer de miseria, ó de tener que ir á hacerse curar á un hospital que tal vez su familia habia fundado y dotado.

En uno de los viages que hizo á Nápoles el príncipe de Conca, admirador de los talentos del Tasso, le ofreció una habitacion en su palacio. El Tasso la aceptó con su facilidad ordinaria:

pero bien pronto, disgustado de la especie de servidumbre á que le reducian los obsequios y distinciones del príncipe, fue á habitar á casa de su amigo Manso, que lo era tambien del príncipe de Conca.

En casa de este amigo concluyó y publicó su *Jerusalen Conquistada*, que no era mas que una nueva fundicion de la *Jerusalen Libertada.* Demasiado dócil á las críticas que se habian hecho de este poema, y agitado por los escrúpulos de una conciencia demasiado timorata, creyó que debia suprimir de su poema todos los encantamientos, todos los adornos profanos, y muchos pasages que él mismo hallaba demasiado voluptuosos, y con ellos hizo desaparecer enteramente el personage de Reinaldo. Tambien habia retocado el estilo, al que habia querido dar un caracter mas serio: pero no habia hecho mas que debilitar la accion de su poema, y destruir su interés por evitar un escándalo imaginario. Nadie aprobó estas correcciones: trató por tercera vez de refundir su poema, pero estas tentativas desgraciadas para echar á perder una obra tan hermosa, no tuvieron suceso alguno, y poco á poco se olvidaron; y la Jerusalen libertada, tal como la habia publicado al principio, ha quedado sola como el verdadero testimonio de su gloria.

Mientras que el Tasso pasaba en casa de Manso una vida quieta y agradablemente ocupada en sus trabajos literarios, un nuevo incidente vino á despertar su natural inconstancia. El cardenal Hipólito Aldrobandini acababa de ser elegido papa bajo el nombre de Clemente VIII. Su sobrino Cinthio Aldrobandini fue hecho cardenal, y tomó

el título de San Jorge. Este era apasionado á la literatura, y protegia á los sábios. Habia conocido al Tasso en el último viage que éste hizo á Roma, y habia concebido por él la mas grande amistad. Le escribió convidándole á que fuese á Roma, en donde podia contar con la benevolencia del tio y la amistad del sobrino. El Tasso no pudo resistir á las instancias lisonjeras del cardenal, y se determinó á dejar su apacible retiro; pero al separarse de su amigo tuvo un triste presentimiento de su destino, y dijo á Manso un á Dios que miraba como eterno.

Los confines de los estados romanos estaban llenos de ladrones, y los viageros no podian pasar con alguna seguridad sino reuniéndose en gran número y bien armados. El Tasso se reunió á una de estas caravanas. Cuando llegó cerca de Mola, pequeña ciudad inmediata á Gaeta los viageros supieron que Sciarra, el mas temible de los gefes de los bandidos, estaba allí cerca con una numerosa cuadrilla; se deliberó sobre el partido que se debia tomar, y el Tasso, que conservaba con una imaginacion tan débil toda la fortaleza y resolucion de su antiguo carácter, opinó que se debia continuar la marcha y defenderse si eran atacados. La mayor parte de los viageros despreciaron esta opinion y prefirieron entrar en Mola, en donde estuvieron bloqueados por la banda de Sciarra. Este bandido, habiendo sabido que el Tasso se hallaba entre los viageros, le mandó un mensage muy atento para asegurarle del respeto que le inspiraba un hombre tan grande, instándole á que continuase su camino sin temor alguno, y aun ofreciéndose á

acompañarle al punto á donde se dirigiese. El Tasso creyó que no debia aceptar aquel ofrecimiento, y le contestó dándole las gracias y diciéndole que no podia separarse de sus compañeros. En vista de esta contestacion Sciarra mandó al Tasso un segundo mensage diciéndole que por su respeto iba á retirarse con su tropa; y á dejar libre el camino desde Mola hasta Roma. Los viageros, habiéndose asegurado de que en efecto los bandidos se habian retirado, se pusieron en camino y llegaron felizmente á Roma.

Nuestro poeta no hizo gran caso de aquel homenage que un gefe de ladrones tributaba á su mérito. Su alma se hallaba tan abatida por las desgracias que habia sufrido, que se habia hecho insensible aun á la gloria. Sin embargo, la fortuna habia cesado de perseguirle. Acababa de obtener sobre la herencia de su madre una pension de doscientos ducados: y el cardenal de san Jorge le hizo obtener otra de doscientos escudos. Se hallaba colmado de demostraciones de consideracion, de benevolencia, y de interés. Todo se reunia para hacerle disfrutar de los honores y de la tranquilidad; y hubiera encontrado en Roma una compensacion de todos los males que habia sufrido, si hubiera sabido gozar de los bienes que se le ofrecian. Pero todo se habia acabado ya para él. Las agitaciones contínuas, los males reales, las inquietudes imaginarias, que le habian atormentado durate tanto tiempo, habian gastado todos sus resortes, y habian agotado tanto las fuerzas de su alma como las de su cuerpo. Su imaginacion misma no era ya susceptible de ilusiones.

El cardenal Cinthio le profesaba una verda-

dera amistad; y compadecido del estado de abatimiento en que le veía, buscó todos los medios de reanimarle.

Los romanos modernos, aun en el estado de degradacion en que se hallan, conservan la memoria de la grandeza de sus antepasados. Creen que la sangre de Eneas circula aun por sus venas, y el nombre de Cesar lisonjea siempre sus oidos. Pero estas ideas de grandeza, no pudiendo ya aplicarse, ni á los sentimientos generosos, ni á las acciones heróicas que distinguieron á los antiguos Romanos, los modernos los han fijado sobre los objetos que estan á su alcance. Al entusiasmo por la libertad han sustituido el de las bellas artes: y han aplicado los honores á los talentos que les divierten. No pudiendo ya coronar en el capitolio nuevos guerrerros que hayan subyugado el mundo, han decretado esta especie de triunfo para los poetas que han enriquecido su lengua, y honrado su nacion. Por esta razon Petrarca habia sido coronado en el capitolio con el laurel poético, con una pompa y una solemnidad estraordinarias. El heroismo del teatro habia sucedido al heroismo real.

Se habian pasado mas de doscientos años sin que nadie hubiese obtenido el honor que el Petrarca. El cardenal Cinthio formó el proyecto de renovar esta ceremonia en favor del Tasso. Creyó que reanimando en aquella alma decaida el sentimiento de la gloria por una accion brillante é inusitada, reanimaría igualmente el amor y el sentimiento de la vida: pero ya no era tiempo. El Tasso, ocupado con la idea de su próximo fin, no pensaba ya mas que en prepararse á él, y sus

10746
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

principios religiosos, que cada dia tomaban mas imperio sobre su alma, se lo hacian mirar con resignacion y con tranquilidad. Al principio se negó á la proposicion de que se le coronase en el capitolio. "La tumba, decia, y no el carro de triunfo, es lo que debeis prepararme. Si me destinais una corona, guardadla para mi sepulcro. Toda esta pompa nada añadirá al mérito de mis obras, y no puede darme felicidad alguna. Ella envenenó los últimos dias del Petrarca." Como el Tasso se hallaba en un grave estado de debilidad de alma y de cuerpo, cedió al fin á las instancias de sus amigos. El cardenal Cinthio le presentó al papa, que habia de coronarle con sus propias manos; y el papa le dijo con tono grato y lisonjero: "Vos honrareis la corona de laurel, que ha honrado hasta aquí á los que la han recibido." Todos los preparativos de la ceremonia se hacían con una rapidez estraordinaria. Cuando estuvieron concluidos, el mal tiempo impidió su egecucion. Pero la impresion que este aparato hizo en los órganos, ya débiles, de nuestro poeta, acabó de agotar sus fuerzas. Una calentura violenta le arrebató á sus amigos á los catorce dias de enfermedad.

La corona que debia servir para adornar su cabeza en el capitolio, fue colocada sobre su tumba. Sus funerales se hicieron con la mayor pompa, y una multitud inmensa acompañó su entierro. El cardenal Cinthio se encargó de hacerle erigir un sepulcro: entre tanto hizo componer oraciones fúnebres y epitafios en honor del ilustre poeta, de quien se gloriaba haber sido amigo. Sin embargo el sepulcro no se hizo, sin que se sepa la

razon; y la sepultura del Tasso quedó sin monumento alguno hasta que en 1608 el cardenal Bevilacqua hizo construir el que se vé en la iglesia de san Onofre, en donde habia sido enterrado.

El Tasso habia dejado todos sus manuscritos al cardenal Cinthio, quien, lejos de apresurarse á publicarlos, no quiso permitir ni aun que se imprimiese el poema de la creacion del mundo, del que habia dado Torcuato algunas copias. Sin embargo, algun tiempo despues se imprimió dicho poema con otras varias producciones del Tasso, tanto en verso como en prosa.

Los pormenores que acabamos de esponer sobre la vida de este escritor ilustre manifiestan bastante cuales eran sus talentos, y cual su carácter. Su alma era sensible, generosa y agradecida. Si se irritaba con facilidad, su cólera se disipaba del mismo modo, y socorria á sus enemigos, aun los mas encarnizados, cuando los veia en la desgracia. Una imaginacion demasiado voluble y demasiado activa le hizo sombrío y desconfiado, y le llenó de fantasmas y de quimeras, que su razon, aunque fuerte, no pudo disipar. Esta disposicion dependia sin duda de su organizacion, y fue la causa de la hipocondría que oscureció una vida que debia ser tan brillante y acortó su término, que sin ella hubiera sido mas largo.

No pueden menos de notarse las relaciones que se hallan entre el carácter de J. J. Rousseau y el del Tasso. Aquella mezcla de miseria y de prosperidad; aquel sentimiento de una desgracia imaginaria, con todos los medios de una dicha efectiva; aquella asociacion deplorable de las debilidades de

una imaginacion enferma, con todo el vigor y todos los dones de un ingenio raro; todo esto parece explicar recíprocamente los fenómenos extraordinarios que sorprenden en la vida de estos dos grandes hombres.

El Tasso tenia lo que no se encuentra siempre con el ingenio, que es prontitud y gracia. A los rasgos que hemos citado en el discurso de esta noticia añadiremos los siguientes para terminarla.

Un literato, griego de nacion, se quejaba al Tasso porque en sus versos habia insultado á la Grecia; y para reparar el honor ofendido de su patria le decia que, *de la Grecia habian salido todas las virtudes.* — *Y han salido tan de veras* le contestó el Tasso sin detenerse, *que no se ha quedado ninguna.*

Un dia, en una numerosa reunion, se hallaba el Tasso separado de los concurrentes silencioso y pensativo. Uno de ellos dijo al que estaba á su lado que aquel aire del Tasso designaba á un hombre atacado de locura. El Tasso lo oyó y le contestó sin alterarse: *¿Conoceis algun loco que haya sabido callar?*

Un amigo le preguntó un dia quién era el primero de los poetas italianos. El Tasso le respondió: *Ariosto es el segundo.* El amigo le instó para que le dijera cuál era el primero. El Tasso no le dió mas respuesta que volverle la espalda sonriéndose.

En otra ocasion se discutia en su presencia cuál de las estrofas de su Jerusalen era mejor, y se citaban varias á porfia. Uno de los concurrentes, interrumpiendo la discusion, preguntó cuál era el

mejor verso del Petrarca. El Tasso le contestó inmediatamente:

Infinita é la schiera de sciocchi.

(Infinita es la turba de los necios).

Un dia le decian que su *Aminta* tenia mucho mas mérito que el *Pastor Fido* de Guarini.— *Puede ser*, contestó; *pero si yo no hubiera leido el Pastor Fido, mi Aminta no hubiera valido mas.*

APÉNDICE.

Los que no hallan nada de indiferente en la vida de los grandes hombres, pueden satisfacer su curiosidad con respecto al Tasso, leyendo la vida de este ilustre poeta que escribió el abate Serassi, quien no ha omitido nada para hacer conocer la persona y el modo de vivir de su héroe.

El biógrafo del Tasso ha tomado sin duda por su modelo á Suetonio, que en la vida de Augusto nos dice que este emperador tenia callos en los dedos de los pies, que le gustaba el queso, y otras particularidades igualmente interesantes.

Lo que hay mas digno de atencion en la vida italiana del Tasso es la noticia de los manuscritos existentes de sus obras, de las diferentes ediciones que se han hecho de ellas, y de las traducciones que se han publicado en diferentes lenguas. El abate Serassi cuenta ciento veinte y cinco ediciones solo de la Jerusalen libertada, y cita diez traducciones de este poema en diferentes dialectos de Italia, cinco en lengua latina, seis en francés, cuatro en español, una en portugués, dos en inglés, una en holandés, tres en aleman, una en polaco y una en ruso.

El bosquejo que he trazado de la vida del Tasso estaba destinado para colocarle al lado de la traduccion de su Jerusalen, y pensaba añadir al-

gunas reflexiones sobre el objeto de este poema, su artificio y su estilo; pero leí lo que dice de él Voltaire, y renuncié á mi proyecto. Este no ha dicho seguramente todo lo que podia, y aun lo que ha dicho no está al abrigo de toda objecion; pero en esta materia, como en muchas otras, ha cogido la flor; y cuando él juzga á un poeta sin que ninguna prevencion altere la precision natural de su juicio, y la esquisita sensibilidad y delicadeza de su gusto, ¿quién podrá hablar despues de él?

Por otra parte me acordé de una carta de Metastasio en contestacion á un amigo suyo que le pedia le dijese su opinion sobre el Ariosto y sobre el Tasso, y de la estremada circunspeccion y timidez con que un poeta tan grande como Metastasio comparaba el mérito de dos poemas escritos en su propia lengua. He vuelto á leer esta carta, y creo no poder hacer cosa mejor que insertar aquí su traduccion.

Ella podrá servir al mismo tiempo de leccion á muchos eruditos presumidos que deciden con tono magistral sobre el mérito de los mas célebres escritores estrangeros cuando con la ayuda de un diccionario han llegado á descifrar algunas de sus páginas, y muchas veces aun sin saber una palabra de su propio idioma.